

ziones de étnica racial y por la propia madurez política que inspiró aquel movimiento libertario, que sólo pudo aprovechar el pueblo anglo-sajón. Tan grandioso suceso no estaba llamado a una filtración pronta y general, al paso que la convulsión de Francia llevaba en sí más verbo y más pujanza, como que ella era el signo de un parto realizado «pro mundi beneficio».

Fijaos que a cada paso se diría de este pueblo propiciatorio que es el pastor del gran rebaño humano. Su alegría nos reconforta en las felices andanzas de la vida, como su heroísmo en pasos de prueba. Y si alguna vez nos pareció frívola esa su risa de ática y sana filosofía, pronto supimos que esta risa es el nervio mismo de la raza, que ella en Francia es hermana también del dolor y del sacrificio, y que ella recorre, por igual, el bulevar y las trincheras de Verdún. Sobre la tierra santa del Marne fué vencido Atila, el genio de la barbarie primitiva; y allí mismo este pueblo que ríe embarrancó el cañón del rojo Guillermo, en quien habita el genio de la barbarie contemporánea.

Ante el cuadro de esa Francia estupenda y salvadora, nuestra juventud valerosa se resiste a refrenar por más tiempo los ímpetus de su corazón. Desde el primer momento de la gran lucha ella estuvo de parte de la moral y del derecho, contra el viejo Canciller que dijo: «la force prime le droit»; y contra el nuevo Canciller que juzga que los sagrados pergaminos que guardan la fe de las naciones son «des chiffons de papier», y que «la necesidad no reconoce ley». Y movida hoy por los resortes del credo democrático, y solicitada por un sentimiento de solidaridad mundial,— no menos que por el estímulo de este día evocativo,—

viene hacia Francia esta juventud liberal, declarando que abjura todo propósito de neutralidad en la Gran Guerra; y viene sobre todo a repetir aquellas palabras que fueron el voto más hondo del gran Pontífice León XIII, el vidente: «¡Valeat Gallia! ¡Valeat et resurgat!»

Como ciudadanos de un país libre por esencia, creemos con Monsieur Ribot, que «la tiranía prusiana es un peligro para el Nuevo Mundo como para el Viejo, y para Alemania misma; y que la tarea de evitar al mundo, mediante el esfuerzo común de los pueblos democráticos, el yugo de esa casta militar y feudal, para fundar la paz sobre el derecho, constituye una obra de liberación humana y de salvación universal».

Y reparad que este anhelo de solidaridad va ganando terreno en el sentimiento de las democracias latino-americanas. El Uruguay pagó pleito homenaje a las nobles posturas de Francia, elevando el 14 de Julio al rango de Fiesta Nacional. En el Ecuador se alza una voz que dice:

«¡El Ecuador a la Guerra!» «Los países aliados luchan por la hegemonía moral del mundo; por la razón, por la cultura y por los hombres». «El Ecuador no puede ser indiferente a los dictados de la ética», «Luchará con los países aliados, porque ellos representan en la hora actual los más caros intereses de la moral humana; y porque tras el espanto de las batallas y el horror a la muerte, nos señalan los futuros destinos del Universo».

Y en un libro chileno leemos las siguientes palabras, que son bien americanas:

«La guerra nos ha revelado un mundo de ideas